

ÉTICA Y ESTÉTICA

Mauricio Navia
Universidad de los Andes

Podríamos decir que la filosofía nace con un diálogo ético-jurídico de fundamentación de la ontología que deviene en un diálogo estético.

El primer fragmento filosófico de Occidente inicia una reflexión sobre el carácter esencialmente injusto de la existencia que impera, no sólo en los hombres, sino en todas las cosas. La sentencia es de Anaximandro y dice así "El principio y el origen del ser de las cosas es el Indeterminado (APEIRON). De donde nace el ser de las cosas, allí también perece, según la necesidad; porque ellas deben pagar, conjuntamente, una justa retribución, por su Injusticia, según el orden del tiempo". Esta inescrutable y abismal frase refiere el carácter ético-negativo del ser de todas las cosas, pues son esencialmente, en su ser, Injustas (Adikia).

El nacer de las cosas las condena al morir sin fin ni sentido (sin Telos, ni logos). Ellas no tienen un ser esencial, sino el de ser para la muerte. El ser esencial, está en su origen y fundamento, en su ARJE, en el APEIRON, en el Indeterminado. Las cosas, los entes, (lo determinado-PERAS), son injustas en su ser, son ontológicamente y éticamente negativos. La ontología del mal emerge como el "sino" trágico de la Filosofía en sus orígenes. La injusticia cósmica reina según la necesidad y el orden del tiempo. El "derecho natural" del Eterno Devenir nos somete a la Humanidad, a los entes, a las cosas, e incluso a nuestro universo (al ente en total) a nacer y morir sin ningún sentido ni valor esencial. Nada quedará de la historia, de los hombres, de nuestro

planeta y de nuestro imaginario cosmos, sino la injusticia (de haber sido en el "dolor" del sin sentido y en nuestra necesaria e inevitable muerte) según el orden del tiempo. (Para un acercamiento a los abismales sentidos de esta sentencia véase **El Mundo como Voluntad y Representación** de A. Schopenhauer, la interpretación de Nietzsche en el capítulo 4 de **La Filosofía en la Época Trágica de los Griegos** y el pequeño ensayo de M. Heidegger, "La Sentencia de Anaximandro" en Holzwege).

Esta primera sentencia de la Filosofía anuncia el substrato ético - ontológico de un pensamiento que medita radicalmente el sentido y la esencia del Tiempo y abandona las cómodas lecturas mítico - históricas etnocéntricas, y las lógicas-morales antropocéntricas.

Heráclito, dialogando con el inmenso peso de las reflexiones de Anaximandro ofrece otra mirada jurídico-ontológica del valor de la existencia sin rehuir tales conclusiones trágicas, al afirmar la justicia, la DIKE, como el ser de todas las cosas. Hegel, Nietzsche y Heidegger nos abrieron a Heráclito para este siglo. Desde ellos hemos escuchado un nuevo Heráclito que piensa el ser de las cosas según el "principio lógico" que afirma la identidad real como algo que es y no es. Que piensa la esencia de la realidad (Wesen des Wirklichkeit) desde la esencia del tiempo (Wesen der Zeit) y entiende el Devenir como lucha de contrarios, como guerra y como justicia (DIKE). Allí el ser de las cosas es juzgado ontológicamente como inocente, libre de culpa. Las cosas son esencialmente justas en su ser y no ser, en su devenir, "Más allá del bien y del Mal", más acá de la moral y los valores humanos.

Allí Heráclito introduce conceptos estéticos para mostrarnos el modo de ser de lo Uno y lo Múltiple, del Ser y los Entes, justamente ambos pensados de modo negativo. Todo lo que es, es como el juego del fuego consigo mismo, el juego inocente del Devenir, que retorna eternamente solo como Devenir. Es el juego del Tiempo que juega como el juego del niño, inocentemente.

"El Tiempo es un niño que juega a los dados" dice el fragmento 52. Para Nietzsche este juego "justo e inocente" que es el ser de todas las cosas lo entiende y lo juega no solo el niño, sino también el artista.

"Así mira el hombre esteta el mundo aquel que en el artista y en el nacimiento de la obra de arte ha experimentado, cómo la lucha y la multiplicidad pueden soportar en sí ley y derecho, cómo el artista se pone a mirar sobre y en la producción de la obra de arte, como necesidad y juego, cómo la lucha y la armonía deben ser pares para la generación de la obra de arte". (Kritische Studien Ausgabe, Vol. 1. , Berlín, 1967, pág.831, 5-10).

Esto lo dice Nietzsche, en el único lugar donde dialoga temáticamente con Heráclito, en 1873, en un ensayo póstumo titulado "la Filosofía en la época trágica de los griegos". Con ello el concepto de juego abre para nuestra época una nueva comprensión del ser esencial de todas las cosas que son siendo en el modo del ser del juego; sin fin, ni sentido, libres e inocentes, justas y placenteras, más allá del bien y del mal. El juego del fuego consigo mismo juega inocente, eternamente, a Devenir y retorna, en cada instante, como Devenir eterno, cuya justicia es estética, como la del juego mismo.

La Historia de la metafísica, sin embargo, ha olvidado este lugar (TOPOS) estético de la ontología y este lugar Justo del ser de las cosas en el Devenir. La Historia de la Metafísica, de Platón a Hegel, se ha esforzado por arrancar al ser y los entes del tiempo, del Devenir, y se ha ocupado de buscar esencias permanentes en las cosas. Su problema es el Ser del Ente, en su cuádruple dimensionalidad implícita: El ente en cuanto ente; la verdad del ente; el ente en total y el ente supremo (ON-ENS, ALETHES-VERUM, HEN-UNUM, AGATHON-BONUM). Este esfuerzo por encontrar el fundamento esencial del ser del ente, tenía, desde sus orígenes, una intención de fundar una ética universal para los hombres, un principio inmóvil que sirviera de referencia para la acción. Un conocimiento esencial de los entes que

permitiese fijar un imperativo categórico, un "deber ser", universal. Cada vez que una ética surgía y se instauraba, irónicamente producía una nueva guerra y épocas de intolerancia, (Como aquella guerra de cien años del marxismo que acaba de concluir).

A partir de Descartes el Ser del ente fue pensado desde y como *subjetum*, como sujeto. El mundo se pensó como "representación" del sujeto y la ética se intentó pensar desde la verdad del ente preeminente como "Certeza", como "principio regulativo" instaurado desde la certeza racional del sujeto. La estética, en cambio, pasaba a segundo, o tercer plano, como el lugar no racional, ni científico, por excelencia. Extrañamente fue Kant quien problematizó, no solo el carácter esencial del ente-objeto al remitir su fundamento a los principios puros y a priori del entendimiento, esto es al sujeto, sino el del fundamento de la estética misma, otorgándole un nuevo lugar excepcional en la crítica y dándole un especial valor ontológico a los juicios estéticos.

Schopenhauer y Nietzsche extrajeron unas conclusiones de Kant: la esencia del ser del ente es valor humano, en cuanto que el hombre constituye las cosas en el acto de conocerlas. Es el "*principium individuationis*" en el proceso cognoscitivo quien coloca a las cosas como seres esenciales e individuales. El ser del ente se toma valor, esto es, nihil de ser, mera valoración inesencial. El proyecto entero de la *Metafísica* de Platón a Kant concluyó en Nihilismo. Detrás del Ser del ente, de su verdad (racional), de su totalidad (histórica) y su onto-teología (finalismo ético) no hay nada sino valoraciones humanas.

La estética comenzó a resurgir como el lugar (TOPOS) desde donde evaluar el valor (ya no esencial) del camino de la *Metafísica*, desde donde revisar el valor del saber, de la ciencia y desde donde ver el valor del valor mismo, para retornar al juego del valorar.

Nietzsche dice en *El Nacimiento de la Tragedia*:

"Ver la ciencia desde la óptica del artista, y el arte desde la de la vida" (NT. Ensayo de autocrítica, 1886).

Esta frase sintetiza el programa desde donde la ciencia, el saber, la ética y el derecho mismo son pensados como fenómenos estéticos.

Nietzsche apenas fue escuchado en su tiempo. Acaso Heidegger inició una primera reflexión del alcance de esta mirada, que retoma a Heráclito y al origen de la filosofía (Véase su primer curso, en los años treinta, sobre Nietzsche "La Voluntad de Poder como Arte"). Pero es en esta segunda mitad de siglo donde se difunde esta óptica que instaura la estética como el lugar desde donde se debe evaluar, transvaluar, desconstruir y reinterpretar todo saber y toda ética (y derecho) como valor e interpretación estética. (Acaso porque el predominio del pensamiento racional, dialéctico-histórico, de Hegel tuvo una muy dura y exitosa traducción y difusión con la cultura ética-teológica del marxismo hasta los años sesenta de este siglo).

La estética, pensada de este modo, en un sentido más amplio que el de la mera disciplina filosófica referida al arte y lo sensible se instaura desde las corrientes postnietzscheanas (la francesa y la italiana), desde las nuevas lecturas (anglosajonas) de Wittgenstein, desde la expansión de la hermenéutica fenomenológica heideggeriana y la hermenéutica metodológica de Gadamer y Apel, desde los impactos de los resultados de la Escuela dialéctico-crítica de Frankfurt, en particular los de W. Benjamín y los de Th. W. Adorno, desde las indagaciones de la semiótica del arte y desde algunas teorías sociológicas jurídicas y antropológicas contemporáneas.

Hoy podemos mirar, ya libres de las discusiones epocales de los ochenta, sobre modernidades y postmodernidades un nuevo horizonte, antiguo y vivo, que piensa el saber, la ética y el derecho desde la óptica

tolerante y creadora de la estética, que ¡no afirma que todo vale! (everything goes), sino que sólo valen las miradas que son autoconcientes, que no hay valores supremos y totalitarios. Y valen como juego de interpretaciones que interpretan el valor del valor para crear valores más allá del círculo hermenéutico.

Para jugar el juego de crear reglas para el juego de las reglas (ya no *quid juris* sino *quid facti*). Allí la ética se torna estética y el derecho dialoga y juega honesto a los juegos del poder. Ya no con pretensiones absolutas de poder, sino leyendo el poder como juego (serio y trágico) entre otros juegos siempre abiertos flexibles y tolerantes. La ética como estética no es, de ningún modo, el abandonar al relativismo y la inmovilidad. (la resignación al círculo vicioso). La ética como estética y la estética como ética no solo validan y promueven las ópticas que aceptan otras ópticas que legitiman las ópticas plurales y diseminadas, sino que se enfrentan a las ópticas totalitarias, autoritarias y dogmáticas de ciertas éticas con pretensiones de verdad universal (verdad metafísica, teológica, histórica o científico-racional) y sobre todo de las éticas pragmático-políticas fundadas en consensos de interés. La ética como estética y la estética como ética liberan la voluntad de universalismos y pragmatismos, y lejos de ser reactivas e inmovilizantes o promotoras del relativismo, del dogmatismo, del absurdo existencial o el sometimiento a lo establecido, son intensamente activas y provocativas. Pero siempre autoconcientes de sí mismas, de no producir nuevas intolerancias desde competencias de acción inflexibles. Si recordamos al místico-ético y esteta Ghandi, leeremos "no-violencia", no como pasividad, pacifismo o inmovilidad, sino como voluntad de lucha, de oposición, de "guerra" (en sentido Heraclíteano) desde un lugar (TOPOS) de vida, de tolerancia sin dogmatismos, sin universalismos, sin pragmatismos, ni mundos ideales éticos, metafísicos, teológicos, racionales, científicos, suprasensibles, inmóviles.

Este espacio del nihilismo activo, de la transvaloración ético-estética de la desconstrucción que denuncia, de la hermenéutica que reinterpreta las intolerancias como interpretaciones a interpretar, de la legitimación de la diseminación de ópticas plurales y múltiples, del pensamiento crítico negativo que piensa sin "aura" la ética (y la estética) sin trascendentales y que delimita las orillas de la pequeña isla del saber lógico racional y técnico, no para aprisionarnos en la isla, sino para invitarnos a jugar en el inmenso océano de la vida el juego que juega el AION como el niño y el artista, es decir, un juego para jugar, sin reglas, ni leyes absolutas, un juego que quiere jugar para vivir mejor y más libres, y no para crear reglas y principios ético-lógicos universales que matan la vida. Es el juego de la excelencia (ARETÉ) que jugaba Sócrates (sin Platón) o el juego dionisiaco de las tragedias y el AGON. Es el juego que juegan los modernos, postmodernos y premodernos que se abren a la lectura cómica trágica e inocente del sentido de la existencia como fenómeno estético o POETICO.